

Desorientación

E.
MIRET
MAGDA
LENA

Si algún calificativo merece la situación religiosa del mundo es la de estar en plena desorientación. Y muy particularmente la de España.

Los creyentes que quedamos —cada vez menos, como repito un día tras otros— encontramos incómodos con el marco que la Iglesia de nuestro tiempo se ha fabricado. Y esto les pasa lo mismo a los avanzados que a los retrógrados. Unos y otros se sienten a disgusto después del Concilio Vaticano II.

Los avanzados pusieron una excesiva ilusión en este Concilio —yo mismo caí durante él en este espejismo—. Y los retrógrados se encontraron sin Norte, después de haber vivido muy cómodamente siendo ovejas mudas de una organización eclesial que se parecía mucho a una pirámide dictatorial.

Pudiera parecer que, después de un tiempo, se decantarían las revueltas aguas conciliares y abocáramos en la Iglesia a alguna parte. Pero no ha sido así.

Múltiples síntomas certifican de esta desorientación que cunde en las filas católicas, deteriorando sensiblemente la imagen conciliar que se nos suministró hace diez años de la Iglesia, y que fomenta el desánimo y el abandono entre los creyentes españoles.

Los esquemas simplistas del nacional-catolicismo, que nos fueron suministrados sistemáticamente desde niños, produjeron su mella en nuestras mentes y conductas. Lo mismo que el somero esquema franquista, cuya conjunción con el nacional-catolicismo fue casi total, marcándonos en forma negativa, contra la que tenemos que luchar todos los días para poder despejar un claro porvenir de apertura, convivencia y libertad.

De este modo se ha producido el tipo usual de español medio posfranquista: un híbrido de anhelos confusos de seguridad inmediata y de apertura, de afán de libertad y de miedo a sus consecuencias, de verbalismo socialista y de corazón egocentrista, de religión moderadamente progresista y de ausencia de inquietud profunda.

Sin embargo, tras esta crisis se está produciendo un decantamiento: queda, después de este río revuelto de cosas confusas, un resto que empieza a liberarse de ataduras y problemas, que ya no le dicen nada a una persona que valore la hondura de la intimidad, que es en lo que consiste el fondo religioso del ser humano.

Pero no nos hagamos ilusiones: la Iglesia oficial, representada sobre todo por el

alto clero y los católicos adosados a él, va por otro camino. Un camino sin salida, pero que todavía paralizará muchas iniciativas aprovechables, inquietudes sanas y deseos religiosos auténticos. Esta Iglesia oficial que castiga a un inocente retrógrado como monseñor Lefèbvre, o expulsa violentamente de su seno a un pacífico progresista como el abad Franzoni. Que tiene sus veleidades con la ingenua masonería de hoy, después de hacerse ésta totalmente inocua. Que desprecia —por afán de ortodoxia— cualquier movimiento vital de apostolado, como el Movimiento Internacional de la Juventud Agrícola Católica, a quien no permute figurar en la Organización Internacional Católica, como si fuesen estos jóvenes creyentes unos apastados simplemente por no querer ser sumisos corderos de la nefasta burocracia vaticana. Que se indigna desde el "Osservatore Romano" con el famoso médico y sacerdote francés Marc Oraison por haber hablado con sentido humano de la contracepción en la vida actual y del aborto en los casos de Seso.

Desde lo alto de su cátedra romana, el periódico del Vaticano no deja respiro a ninguna actuación que no esté sometida a sus caprichos oportunistas. Allí sólo se quiere la irresponsabilidad conservadora, disfrazada de un ropaje aparentemente moderno. Y contando con la ignorancia de los fieles se dice, por ejemplo, que el "abbé" Oraison defiende ideas "diametralmente opuestas a la enseñanza del magisterio de la Iglesia", cuando la Iglesia en otros tiempos fue, sin embargo, mucho más humana y comprensiva. Con estas afirmaciones tajantes se cree convencer, cuando sólo van dirigidas a ignorantes de la Historia y de la Teología.

Y ahora, usando un lenguaje incomprensible para los profanos, se indica a través de la prensa que el Vaticano "no reconoce" las ordenaciones sacerdotales y episcopales del folklórico Palmar de Troya, cuando cualquiera que haya leído la Teología postridentina, que es en la que se inspira la Santa Sede, sabe de sobra que un obispo católico ordena válidamente a un sacerdote con el simple requisito de efectuar las ceremonias obligadas con intención de hacer lo que la Iglesia hace. Por eso la palabra "no reconocimiento" es un subterfugio para hacernos creer que esos ingenuos iluminados no son sacerdotes, cuando la Teología que usa la Santa Sede dice lo contrario.

Y, después de la batalla de estos años últimos entre la Iglesia y el Estado para nombrar obispos sin intervención civil,

nos encontramos con que se nombran en España en estos días cinco nuevos obispos sin tener en cuenta los nombres de aquellos sacerdotes verdaderamente valiosos, que, aunque no son especialmente avanzados, sí tienen una auténtica categoría humana y religiosa de todos reconocida. Al final resulta tan malo que salgan nombrados obispos por influencia civil que por influencia vaticana. Y si vamos a las misas conciliares que se celebran en las parroquias, cualquier persona inteligente y sensible aprecia en la mayor parte de los casos que carecen de fuerza humana y religiosa. Durante su celebración se nos llenan los oídos de cánticos de ínfima categoría, de homilias sin sentido religioso concreto, de frases incomprensibles para el público que asiste y de gestos que poco dicen hoy. Si mala era la misa de antes, peor es la de hoy, porque carece de sensibilidad y de intimidad religiosa. El Canto Gregoriano era ciertamente de otra época y, como tal, tenía que ser renovado; pero poseía fuerza, categoría y belleza. Y lo que hoy oímos es producto de la falta de gusto y de la trivialidad.

¿Qué es entonces lo que le pasa a la Iglesia hoy? Que tantos años de dominio, métodos tiránicos y autocratismo le han hecho perder casi toda su fuerza evangélica, y no la recupera ésta fácilmente. Que, como decía el historiador católico Lord Acton en el siglo pasado: "Todo poder corrompe; y el poder absoluto, corrompe absolutamente". Una Iglesia que pretendió ejercer en las últimas centurias un poder crecientemente absoluto se corrompió de un modo casi irreversible.

Sin embargo, al hombre creyente le queda una luz de esperanza. La que da ese resto de personas inquietas por la intimidad, que abominan de nuestras inspiadas misas, pero se acercan a cualquiera —celebrando o no la misa— que seriamente fomente una meditación profunda, un silencio creador, que da fuerzas para mejorar al hombre y a la sociedad en medio de tanta exterioridad sin sentido humano profundo. Y estos hombres unidos vitalmente, sin lazo exterior dominador, ¿no son la nueva Iglesia del futuro? Una Iglesia viva, sin ataduras de excomuniones, ni condenaciones, ni anatemas, ni diplomacias oportunistas para mejor dominar. ■